

COLGANDO DE UN HILO

Laura Lippman



Extrañas desapariciones, una trampa amorosa en una comunidad religiosa... ¿demasiado para una frágil detective?

La detective Tess Monaghan es contratada por Mark Rubin, un rico e influyente judío ortodoxo, para que encuentre a su mujer y a sus hijos, que han desaparecido. El primer problema es que la desaparición parece voluntaria, por lo que la policía no se hace cargo. Y el segundo es que, a medida que la investigación avanza, Tess comienza a toparse con los prejuicios y secretos de la hermética comunidad judía, y con una turbia historia de traiciones, venganzas y dinero negro... Una verdadera tela de araña, en la que cualquier paso en falso puede resultar fatal...

Índice de contenido

Cubierta

Colgando de un hilo

Septiembre

Miércoles

1

2

3

Jueves

4

5

6

7

8

Viernes

9

10

11

12

13

Sábado

14

15

16

17

Domingo

18

19

Lunes

20

21

22

Martes

23

24

25

Miércoles

26

27

Jueves

28

29

30

31

32

Viernes

33

Lunes

34

35

36

37

Martes

38

39

40

Noviembre

41

Glosario

Agradecimientos

Sobre la autora

Notas

*Para David y Ethan, agradecida por el cursillo
intensivo de relaciones paterno-filiales, por no hablar
del de estrategia de Barcos en Miñón Avanzada*

Si Dios viviera en la Tierra, la gente rompería todas sus ventanas.

Proverbio yiddish

Las inclinaciones malvadas son, al principio, tan finas como el hilo que teje la araña, y luego tan resistentes como una cuerda.

Proverbio del Talmud

Septiembre

Se encontraban en uno de los Estados que empiezan por «I» cuando Zeke le dijo a Isaac que tenía que viajar en el maletero durante un ratito. Zeke anunció aquel nuevo plan con lo que Isaac consideraba su voz de farsante: atronadora, hueca y con demasiada palabrería. Era la misma voz que Zeke ponía siempre que la madre de Isaac andaba cerca. Cuando ella no podía oírle, la voz que empleaba era muy distinta.

–Tú lo has querido, machote –dijo Zeke mientras ponía las maletas en la baca del coche para hacerle sitio en medio del maletero.

Como Isaac se limitó a quedarse mirando el hueco así creado sin saber muy bien qué pretendía que hiciera, Zeke le cogió por debajo de los brazos y le colocó dentro del maletero como si no pesase nada.

–¿Lo ves? Hay un montón de sitio.

–Ponle una manta –dijo su madre.

Sin embargo, no se había opuesto a la idea del maletero ni había dicho que le pareciera mal, ni que no fuera a tolerarlo. Ni siquiera le importó que Zeke hubiese robado la manta de la habitación del hostel de carretera. Se limitó a quedarse abrazada a Penina y Efraim con cara de desilusión. Eso fue lo último que vio Isaac antes de que Zeke cerrase el maletero: el rostro de su madre triste y adusto, como si él fuera el malo de la película, como si fuese él el que había causado todos los problemas. Era tremendamente injusto: era él quien trataba de hacer lo correcto.

El maletero era más grande de lo que Isaac había imaginado, y él no se había asustado tanto como había creído. Era una lástima que fuese un coche tan viejo. Uno nue-

vo, como el de su padre, dispondría de una lucecita en el interior, e incluso una forma de accionar la cerradura. Su padre le había mostrado esos detalles de su automóvil cuando descubrió a Isaac jugando con los botones del llavero, abriendo y cerrando el maletero y las puertas del Cadillac. Su madre le había gritado y le había dicho que el llavero no era un juguete, que lo rompería o le gastarían las pilas; pero su padre le había mostrado todas las características del coche nuevo, incluso lo que había debajo del capó. Aquella era la forma de actuar de su padre. «La curiosidad no fue lo que acabó con el gato –solía decir él–. Lo que le complicó la vida fue no obtener respuestas a sus preguntas». Su padre llegó incluso a encerrarse en el maletero para enseñarle a Isaac cómo salir desde dentro.

En cambio aquel coche era viejo, muy viejo; el más viejo que Isaac había visto en su vida; probablemente fuera más viejo que el propio Isaac. No tenía airbag, ni cinturones de seguridad en los asientos de atrás. Isaac no paraba de rogar para que algún día los parase un policía a causa de los cinturones de seguridad. O quizá el vigilante de un aparcamiento denunciase a su madre por llevar a uno de los gemelos sobre el regazo en el asiento de delante, que era lo que hacía cuando alborotaban. Sin embargo, en las carreteras por las que conducía Zeke no había aparcamientos vigilados. Isaac se esforzaba mucho por no despistarse: habían iniciado el viaje en Indiana y después habían ido a Illinois, pero Isaac estaba bastante seguro de que la semana anterior habían vuelto a Indiana. ¿Estarían todavía en Illinois o tan al oeste como Iowa? En pleno campo, donde todo era de color amarillo y los pueblos tenían unos nombres rarísimos y difíciles de pronunciar, costaba mucho orientarse.

También resultaba difícil tener noción del tiempo sin que el colegio marcara los días festivos, sin un calendario en la pared de la cocina, sin que el sabbat le recordase a uno que había acabado una semana más. ¿Se mostraría

comprendivo Dios con la no asistencia al sabbat? Si Dios lo sabía todo, también sabría que no era culpa de Isaac no asistir a la *yeshiva*. ¿O quizá le incumbía a Isaac encontrar una forma de rezar a costa de lo que fuese, como hacía su padre cuando tenía que viajar por asuntos de negocios? Aquélla era la clase de conversación que a su padre le encantaba. Habría empezado a sacar libros de las estanterías de su despacho para consultar las opiniones de diversos rabinos. Fuese cual fuese la respuesta, su padre habría procurado que Isaac se sintiera bien y le habría asegurado que estaba haciendo cuanto estaba en su mano, que era lo único que esperaba Dios. Aquélla era la forma de actuar de su padre: respondía a sus preguntas y hacía que se sintiese mejor.

Su padre lo sabía todo, poco más o menos. Dominaba la historia y la Torá, las matemáticas y la ciencia. Conocía montones de viejas películas bélicas y del Oeste, y también se sabía los nombres de todos los jugadores del equipo de béisbol Baltimore Orioles, los del pasado y los del presente. Lo mejor de todo era que hablaba del cielo nocturno como si fuese un cuento, narrándole las historias que griegos e indios se habían contado a sí mismos al contemplar las mismas estrellas.

—¿Orión atrapa alguna vez al toro? —preguntó Isaac una vez a su padre.

Claro, que eso había sido cuando era pequeño y tenía sólo seis o siete años. Ahora tenía nueve e iba a ir a cuarto, al menos eso se suponía. Ahora no habría hecho una pregunta semejante.

—Hasta la fecha no —fue la respuesta de su padre—, pero nunca se sabe. Al fin y al cabo, si es cierto que el universo está encogiéndose, aún puede ser que le dé alcance.

Aquello —la parte que se refería al encogimiento del universo— había asustado a Isaac, pero su padre le había dicho que no era algo que debiera preocuparle. Pero a Isaac le preocupaba todo, y más ahora. Le preocupaban la

enfermedad de Lyme y el virus del Nilo occidental, y si la ciudad de Washington iba a tener equipo de béisbol, algo que según su padre no sería demasiado bueno para los Orioles. Le preocupaban los gemelos, que habían comenzado a hablar entre sí en una especie de extrañamiento que no era del todo inglés.

Sin embargo, sobre todo le preocupaba Zeke, y la forma de escapar de él.

Pese a estar encerrado en el maletero dando botes y golpeándose cuando topaban con un bache, Isaac no se arrepentía de haber intentado hablar con él de seguridad. Su único error había sido dejar que su madre le viese hacerlo. Si la cola del banco hubiese sido más larga, si no hubiese avanzado tan deprisa, quizá hubiese tenido tiempo de explicarse. ¿Por qué las colas se movían tan rápido sólo cuando uno no quería que ocurriera?

El vigilante estaba en un rincón. Era viejo, viejísimo, y no parecía muy fuerte; pero llevaba pistola. Echando primero un vistazo a su alrededor, Isaac se le acercó y le tiró de la manga. Sin embargo, cuando el hombre le miró Isaac se quedó en blanco. No tenía ni idea de qué decir. Era complicado explicar lo sucedido. Su madre le había dicho que no pasaba nada, que confiase en ella, que muy pronto todo sería maravilloso. Que ella tenía un motivo para hacer aquello. Sólo que él era demasiado joven para comprenderlo. Tenía que confiar en ella, tener paciencia. Se lo había repetido una y otra vez.

Zeke decía que lo que tenía que hacer Isaac era callarse y hacer lo que se le mandase.

–Señor...

–¿Sí?

El vigilante miró a los ojos a Isaac durante sólo un segundo antes de seguir escudriñando el vestíbulo del banco.

–Mi madre, la mujer de la bufanda azul...

–Ya, de acuerdo... –asintió el vigilante.

No estaba muy seguro de en qué estaba de acuerdo con él: en que tenía una madre o en que ésta llevase bufanda azul, de manera que se lanzó a tumba abierta. Las palabras salieron atropelladamente de su boca, probablemente demasiado.

–Se nos llevó. Nos ha robado. No vivimos aquí. Vivimos en el 341 de Cedar Court, en Pikesville, Maryland, cerca de la pista de golf de las afueras, en el 212...

–Pero ¿es tu madre?

–Sí.

–¿Ésa es tu madre?

–Sí.

–¿Y está casada con tu padre?

Aquella pregunta confundió a Isaac, porque ya no se sentía tan seguro de la respuesta y a él le gustaba ser preciso siempre que fuera posible. Desde que su madre le dijo a Isaac que preparase lo que necesitaba para un viaje de un fin de semana habían pasado quince días, puede que algo más, puede que algo menos. No había visto a su padre ni hablado con él desde aquel día. ¿Significaba eso que sus padres estaban divorciados? No; el divorcio era algo mucho más complicado. De eso sí que estaba seguro. No consistía simplemente en que uno de los dos se marchase. Su padre siempre estaba de viaje por asuntos de negocios, y no por eso estaban divorciados, de modo que el hecho de que su madre hubiese hecho las maletas y se las hubiese llevado tampoco significaba que estuviesen divorciados.

–Sí, somos una familia, la familia Rubin, pero mi padre está en Baltimore...

–¿Ya estás contando mentiras, chiquitín? ¿No has oído hablar del pastorcillo mentiroso?

Su madre había llegado a la cabeza de la cola con mayor rapidez de la prevista por Isaac. Estaban a punto de llamarla. Cuando vio a Isaac hablando con el vigilante, soltó una especie de alarido, abandonó su puesto en la fila y

acudió corriendo tan rápido que los gemelos, que intentaban mantener el mismo ritmo, dieron un traspie.

—Disculpe si le ha molestado —le dijo al vigilante recordando su tono de voz habitual, que no se parecía en nada al que empleaba para gritar.

Cuando la madre de Isaac hablaba, los hombres siempre sonreían, y en ocasiones lo hacían incluso aunque no hablase. Había algo en ella que hacía comportarse de forma extraña a los hombres. Isaac no lo entendía. No era tan lista como su padre, ni sabía montones de temas interesantes. A pesar de ello, con sólo sonreír y mirar a los hombres asintiendo con la cabeza ante todo lo que decían conseguía lo que quería. Tenía algo que hacía que la gente se sintiera ansiosa por complacerla. Incluso Isaac se sentía así. Al menos se sentía así cuando estaban en Baltimore, cuando su madre y él estaban de acuerdo sobre lo que significaba la felicidad.

—En absoluto, señora. Aunque me ha dicho que usted había abandonado a su padre...

—¡Pero Isaac! —suspiró ella mientras le abrazaba estrechamente haciéndole notar la fuerza de sus brazos sobre la espalda. Le acarició el pelo al mismo tiempo que le daba unos pequeños tirones, lo que constituía una advertencia para que se estuviese quietecito y tranquilo, así como un recordatorio de que Zeke no andaba muy lejos aunque Isaac no pudiese verle. Zeke nunca andaba muy lejos—. ¿Cuántas veces te he dicho que no hay que tomarle el pelo a la gente de esa forma? Contar mentiras a los desconocidos es tan feo como contar chistes en un aeropuerto. Lo sabes perfectamente. —La madre de Isaac miró al vigilante a los ojos—. Vamos de camino a ver a mi familia, que vive en las afueras de Chicago, pero en el negocio de mi marido ésta es una temporada de mucho trabajo y no ha podido acompañarnos. Viajamos con mi primo —dijo ella señalando con un gesto de la cabeza el viejo coche verde aparcado delante del banco, a pesar de que Isaac sabía

que Zeke no estaba dentro y que desde luego no era tampoco primo de su madre, independientemente de dónde estuviese.

Más valía que no fuera su primo. Isaac no quería tener ninguna clase de parentesco con Zeke, en absoluto. Tampoco tenía familia en Chicago, al menos ninguna de la que él hubiese oído hablar, y a pesar de que el negocio de su padre repuntaba hacia septiembre, en realidad no estaba ocupado de verdad hasta más adentrado el otoño. Mentira, mentira, mentira. Una madre no debería contar tantas mentiras.

–Entiendo –dijo el vigilante. Señaló con el dedo a Isaac y se lo puso en el extremo de la nariz, tamborileando en ella para subrayar lo dicho, lo que provocó que Isaac quisiera rascarse, como si se hubiese posado ahí un mosquito –. Ahora tú pórtate bien. Basta de cuentos.

–Basta de cuentos –repitió Isaac, que comprendió en ese momento lo que significaba cuando decían en los libros que a alguien se le había caído el alma a los pies.

Se sentía tan triste que, en comparación, el que Zeke le obligara a viajar en el maletero casi parecía una minucia. ¿Qué importaba que le hicieran viajar en un maletero? Nadie creería jamás a un chaval antes que a un adulto. Su padre le había dicho que era una tontería decir que el mundo era injusto, pero indudablemente lo era.

–Mi trabajo ya me da bastantes preocupaciones como para encima tener que estar pendiente de un elemento como tú –había dicho Zeke.

¿Qué trabajo? Por lo que Isaac había visto, Zeke nunca iba a trabajar. Ése era el problema: Zeke nunca se marchaba. Si lo hiciera, Isaac podría escaparse o llamar a casa por teléfono.

Isaac calculó mentalmente. Había hablado con el vigilante dos días antes, un viernes o quizá sábado. ¿Abrirían los bancos en sabbat? ¿Ir a un banco era trabajar? Aunque a Zeke eso no le importaba nada. Uno de sus primeros ac-